

Luis Alberto de Cuenca, *Palabras que son vida. El placer de pensar*, Barcelona, Plataforma Editorial, 2020, 114 págs.

Reseña de acceso abierto distribuida bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/). / Open access review under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.14.2023.908-911>.

En *Palabras que son vida*, Luis Alberto de Cuenca comenta un conjunto de palabras concretas que aparentemente no presentan ningún vínculo entre sí, sino que simplemente forman comentarios yuxtapuestos ordenados alfabéticamente. De esta manera, el autor comenta palabras muy diferentes, desde *abanico* hasta *voluntad*. En esta reseña, trataremos de destacar el valor de esta obra, la cual, a través de una forma y una estructura enormemente originales, propone el intelecto y, más concretamente, la literatura, como medios con los que evadirse de la angustiada realidad para alcanzar el placer estético y vital.

Cabe destacar, primeramente, la «nota del autor», la cual anuncia la esencia del texto: “La redacción de este medio centenar de *textículos* solo me ha producido placer” (11). Esta cita encierra la verdadera intención del autor: la escritura y la lectura del texto como búsqueda del placer. Como se puede observar, en esta cita se propone el neologismo *textículos*. Obviamente, la palabra se refiere al término *testículos*, aludiendo al placer sexual. No obstante, el juego lingüístico va más allá, pues, teniendo en cuenta que el autor es filólogo clásico, tiene todo el sentido que utilice un falso diminutivo de la palabra *texto* (*textículos* se forma con la raíz de *texto* y con el sufijo latino -ulo). De esta manera, el autor se refiere al placer que le ha producido la redacción de cincuenta pequeños textos (*textículos*) en los que ha ido comentando las diferentes palabras.

Como acabamos de comprobar, el autor busca, al escribir estos cincuenta comentarios, el placer como única finalidad. Por este motivo, no podía faltar, entre las palabras elegidas, el vocablo *hedonismo*, del que comenta lo siguiente:

El hedonismo proclama a los cuatro vientos que el placer es el único y mejor regalo al que podemos aspirar, con el que estoy absolutamente de acuerdo. Hablemos de las personas que, como yo, han cifrado en los

libros su fuente de placer primordial, el manantial de aguas heladas en verano y calientes en invierno que nos ayuda a vivir, a olvidarnos del sainete trágico que es la existencia humana (61-62).

El placer, por tanto, no es solo la máxima finalidad de la vida, sino también de la literatura, hasta el punto de que, a través del texto literario, el escritor consigue alcanzar el placer estético y, por tanto, el vital. La obra literaria, según el autor, no tiene otra finalidad más allá de la búsqueda constante del placer, de modo que el lector es un “buscador de belleza, que no otra cosa es el lector de literatura” (70).

Esta búsqueda del placer por el placer nos recuerda al *arte por el arte* parnasiano, que no pretendía encontrar utilidad a la obra literaria más allá de la creación de belleza. También nos recuerda esto mismo a la belleza estética que crean las obras modernistas, como las *Sonatas* de Valle-Inclán, a quien Luis Alberto de Cuenca menciona y alaba en el comentario de la palabra *seducción*: “Xavier, marqués de Bradomín, el protagonista de las *Sonatas*, un Don Juan «feo, católico y sentimental» a quien siempre he adorado” (108). Además, dentro de la obra del propio autor, Luis Alberto de Cuenca ya había propuesto previamente el placer como finalidad vital, como ocurre en su poema titulado «Optimismo»2: “Que tu ejemplo en la vida / sea siempre lo que gozaste, no el sufrimiento”.

Sin embargo, volviendo al comentario de *hedonismo*, este hallazgo del placer no se reduce a algo banal. Para ello, el autor advierte al lector de que el placer estético es “algo muy diferente al placer que se adquiere por mera satisfacción de los sentidos” (61). No puede ser casualidad que esta obra tenga por subtítulo *El placer de pensar*. De esta manera, el autor nos sugiere alcanzar el placer estético mediante la reflexión desde todos los puntos de vista: desde el lingüístico (indicando, al comienzo de cada comentario, la etimología de la palabra en cuestión); desde el literario (comentando el uso que han dado a dicha palabra determinados autores); y desde el filosófico (incluyendo, en muchas ocasiones, una reflexión abstracta). Dichas reflexiones lingüísticas, literarias y filosóficas se presentan mediante una redacción exquisita, un léxico preciso y, en muchas ocasiones, un lenguaje poético. Esta idea nos hace plantearnos a qué género literario pertenece esta obra: ¿es un poemario en prosa (dada la elegancia formal) o es un ensayo (dadas las reflexiones)? Lo único evidente es

que estamos ante un género híbrido (ya desde la concepción de la obra como un conjunto de comentarios de palabras).

En cualquier caso, cabe indicar que las reflexiones que se exponen en este texto no desempeñan el papel principal en la obra, sino que son una excusa para que el autor y el lector puedan evadirse de la realidad, alcanzando el placer. De este modo, el objetivo del autor no es intimidar al lector mediante ideas lingüísticas, literarias y filosóficas, sino que tiene por finalidad crear, mediante la evasión intelectual, una atmósfera de placer. Por tanto, todo es deleite (*delectare*, como diría Horacio), todo es placer, todo es hedonismo: “[Las flores] nos dejan en el transcurso de su brevísima existencia un atisbo perfecto de belleza en su acepción más alta y más sencilla. [...] Pasemos por la vida como pasan las flores, [...] enriqueciendo la percepción estética” (46).

Así, el intelecto y, en especial, la literatura, actúan como guías a la hora de evadirnos de la terrible realidad, pues podríamos decir que “hay un punto de luz en el horizonte que, gracias a la literatura, impide que nos extraviemos del todo” (80). Así explica el autor la importancia de ese punto de luz que nos aleja de la realidad, en este caso, en el comentario de la palabra *estrella* (posible metáfora de la literatura): “El hombre necesita que existan esos cuerpos que brillan en la oscuridad. [...] Calmamos nuestra sed y mitigamos nuestra angustia ante el infinito contemplando de noche el cielo estrellado, [...] nuestras miserables existencias cobran valor mirando a esas estrellas” (58).

Finalmente, cabe indicar que cada uno de los comentarios subjetivos realizados por el autor no terminan de pertenecer a la realidad. Sus opiniones, su personalidad y su manera de ser en el mundo son, en realidad, pura apariencia: “los poetas lo fingimos todo” (50). La imagen que se le forma al lector acerca del autor (alguien que lleva a cabo el hedonismo en su vida) no es real, sino que pertenece a la ficción, lo cual nos hace plantearnos la cuestión de si puede llegar a existir la ficcionalidad en el género poético y en el argumentativo. Así se sugiere en la siguiente cita, formándose una paradoja entre el término *hiperrealista* y la apariencia que se sugiere al final de la cita: “Al final, como todo lo que escribe uno, mi comentario ha terminado dibujando con precisión hiperrealista los rasgos de mi propia cara, la síntesis de lo que soy y, sobre todo, de lo que parezco” (11).

No obstante, sí hay un elemento real en esta obra: como se sugiere en el propio título, las palabras son un aliento de vida que nos aleja de todos los pesares. Mediante la literatura, mediante la evasión (literaria e intelectual) de la penosa realidad, alcanzaremos el placer estético y, por tanto, el vital.

PAULA DEL BRÍO FERNÁNDEZ
<https://orcid.org/0009-0007-1195-1679>
Universidad de Valladolid (España)
paula.brío@estudiantes.uva.es